

FUENTES ALCÁNTARA, Fernando. *La civilización del amor*. “La doctrina social en el horizonte del 2000”. Col. “BAC 2000”. Ed. BAC.- Madrid, 1998. 124 pp.

La “civilización del amor” puede ser un ejemplo del lenguaje común usando expresiones sin saber de dónde vienen, ni hacia donde apuntan, aunque todos las usen. El autor, profesor de nuestra Facultad y Secretario de la Com. Episcopal de Pastoral Social, la utiliza como título de este pequeño volumen y acota algunos problemas que siendo viejos requieren soluciones nuevas. Pero también se vislumbran problemas nuevos, como la biogenética o las nuevas tecnologías, ante los que caben posiciones de expectación y de sospecha, propias de la época en que vivimos. Esto pide una renovación del compromiso con el hombre que soporta las consecuencias, una corresponsabilidad activa y la aproximación a “una de las aportaciones más ignoradas y desconocidas de nuestro tiempo: la Doctrina social de la Iglesia” (pág. 13).

El capítulo primero –“¿Crisis de civilización?”- destaca positivamente la aspiración universalista en el orden económico, las comunicaciones en la aldea global, la internacionalización de espacios y regímenes políticos. Pero también su dimensión negativa: el terrorismo, el aborto, los fundamentalismos, el racismo, la incapacidad para solucionar problemas de hambre, subdesarrollo, paro... Insiste en el reto del secularismo, en el que han quedado atrapadas incluso instituciones “que poseían” base cristiana.

Por eso considera necesarias unas mediaciones alternativas vitales y morales para hacer al hombre más feliz, más solidario, más pacífico y más libres. Pero ¿cómo? Sin la deslegitimación de explicaciones ideológicas, políticas y económicas, insiste en valorar al ser humano, superior por sí mismo a cualquier planteamiento que lo parcialice.

El capítulo segundo analiza los “retos que plantea la civilización del siglo XXI”. Señala varios.

1.- El progreso técnico, que si se cierra al bien común hace de elemento diferenciador y multiplicador de injusticias nacionales e internacionales. Para evitarlo debe preguntarse sobre la finalidad y ritmos del proceso, eliminarlo como nuevo ídolo y dotarlo de espíritu ético para desechar el miedo por el futuro y del futuro mismo que como economicismo introduce.

2.- Los nacionalismos que expresan la identidad y cultura de los pueblos, ricos en tradiciones e historia que deben guardar como patrimonio, pero sin generar ni justificar por ello xenofobias y blindaje económico. Los integrismos, que amenazan la paz. Un remedio tan elemental como la revitalización de la democracia, asentada sobre una tradición y valores puede integrar armónicamente las ventajas y conjurar los defectos de las diversas culturas nacionales.

3.- El totalitarismo. La supresión de la vida religiosa y la implantación de un vacío espiritual en la vida de los pueblos es inviable políticamente y la primacía de la fuerza sobre la razón conculca derechos humanos. Pero todavía quedan reminiscencias del pasado, no sólo en los Balcanes. También es dura la implantación del totalitarismo de valores exclusivamente utilitarios, que niegan una jerarquía de valores. Aquí hay referentes evangélicos que abren al hombre a otras realidades.

4.- El neoliberalismo no iguala a los distintos países del mundo, ni siquiera a un mismo continente o un país. Incluso las inversiones pueden acarrear en terceros países pérdida de dignidad de los trabajadores, con la consiguiente humillación y explotación en la desigualdad.

Combinar crecimiento y equidad es el valor alternativo. La competitividad ha de extenderse simultáneamente al campo de los derechos sociales.

Los fallos éticos del capitalismo no lo invalidan, pero la caída de alternativa socialista no justifica su canonización. Necesita reformas, pues no es fácil “poder ofrecer un modelo técnico de desarrollo que pueda crear empleo, ser eficaz y al mismo tiempo ser justo, respetar la iniciativa personal y abrirse a las nuevas posibilidades del progreso.” (pág. 42). El camino del bien común afecta a los empresarios y a los trabajadores, a la economía especulativa y a la cultura del trabajo y lleva a dar consistencia al tejido social.

La ausencia de cualquier intervencionismo, la privatización del capital público, la flexibilización del trabajo, la desregulación, etc. puede llevarnos a una dictadura económica potenciada con el control y la información.

5.- Europa se encuentra ante fenómenos migratorios y con problemas de una sociedad postindustrial. Deberá, por ello, destacar al hombre por encima de las cosas y de la producción. La solidaridad y el interés por los proyectos colectivos superan el individualismo y justifican la práctica de la participación. Así se congela la dirección desde un sólo centro de poder. También es necesario redefinir el bien común europeo

El estado de bienestar, tiene ya muchos detractores que lo consideran problemático. Mas solucionar nuestros problemas no significa abandonar el compromiso solidario con el Tercer Mundo. Y se avecina una Europa multirracial y pluricultural. La tolerancia se impone para que quienes se sientan amenazados en su identidad no reaccionen como manipuladores o manipulados hasta la xenofobia. Y “no será posible encontrar la identidad cultura europea si no se tienen en cuenta las particularidades propias de cada cultura y se ponen de manifiesto sus valores y tradiciones” (pp. 59-60).

6.- La defensa de la vida es la cuestión social que ha de preocupar hoy, incluso con sus ramificaciones económicas, políticas y culturales. Los nuevos avances biotecnológicos ponen en cuestión valores morales hasta ahora intangibles. Pero la vida humana es el más alto valor que no pueden relativizar los intereses científicos ni los materialistas.

El capítulo tercero ofrece “un nueva humanidad: [con] la civilización del amor”. Tras la experiencia del Este hay dos sentidos de integración en a la casa común: “primero adaptando las instituciones políticas y económicas fundamentales de la Europa occidental (democracia parlamentaria y economía de mercado basada en la propiedad privada); y segundo, restableciendo los lazos de la cultura y el intercambio económico de los que estuvieron separados durante la guerra fría” (pág. 64).

Aquí aboga por una convivencia basada en la acogida y en la experiencia liberadora del perdón. Y esto vale a la hora de evitar los conflictos que marcan nuestra convivencia. Contrapone las estructuras del bien común con las estructuras de pecado, analizándolas con detenimiento. Se trata de superar “un mero análisis sociológico y político”, para llegar hasta la raíz y superar “el miedo a perder el bienestar privilegiado”, la compulsión por “el afán de ganancia y la sed de poder”. La incidencia de la crisis descubre a “la mujer, gran perjudicada” le aparición de una cultura sistematizada “de la muerte”.

En la “nueva cultura del trabajo” ofrece observaciones sobre el sentido de la remuneración, la precarización del trabajo y el reparto de trabajo, en contraposición con el aumento de producción y el avance tecnológico, incapaces de acabar con la “dualización social”. “Esta nueva cultura del trabajo debe ser el resultado de una revisión ética en la que no puede faltar el análisis político” (pág. 87), teniendo como referencia una economía solidaria, dirigida a mejorar la calidad de vida, vivienda, servicios, ambiente, patrimonio... porque

relativizar el trabajo en aras del mercado y del beneficio conlleva a utilizar trabajadores por debajo de su niveles educativos o con contratos temporales muy precarios.

Sitúa la cultura de la solidaridad en un nuevo orden mundial, el de “lograr un desarrollo más humano y más justo sin que esto suponga echar por tierra el necesario funcionamiento de la economía internacional” (pág. 94). Y si “el punto central de toda cultura lo ocupa la actitud que el hombre asume ante el misterio más grande, que es el misterio de Dios (CA 24) (...) hay una especial cercanía entre economía y cultura, entre cultura y sociedad, entre hombre y Dios” (pág. 101).

El capítulo final estudia “los agentes de la nueva civilización del amor” conectándolo con el anterior a través de una cultura de la libertad que, en la acción, abarca “la educación, el sistema laboral, la participación política, el modo de trabajar en la vida profesional, la cultura que promueve y otros muchos campos más” (pág. 106). Esta civilización también requiere “protagonistas que asuman ser el sujeto histórico de la nueva civilización (...) los primeros los pobres, los marginados, los sometidos en su existencia” (...) a través de muchos profetas anónimos, instituciones, asociaciones y grupos que abren, como punta de lanza, proyectos nuevos alternativos verdaderamente humanos” (pág. 107).

Eso “requiere mediadores culturales, expertos y representantes de la cultura actual, que puedan traducir e incluso que podamos asumir de ellos iniciativas y propuestas concretas desde el punto de vista de la fe cristiana” (pág. 110). También es cauce de formación la familia y la escuela como lugares privilegiados par ala humanización del hombre.

En este capítulo hay campos de actuación prioritarios. Insiste en la aplicación de la Doctrina social, desconocida incluso “por parte de los católicos, pastores y fieles”, y que cuestiona muchos instrumentos de evangelización actual, donde tanto tiene que hacer el laico para construir la nueva sociedad mediante “una cultura de la gratuidad y de la solidaridad en medio de una sociedad competitiva, pragmática e individualista”.

Finaliza con otro capítulo donde ofrece “textos significativos de doctrina social de la Iglesia para el próximo milenio”. Abarcan las pp. 117-124 y pueden servir de aperitivo y postre a la lectura del tema tratado en este libro, de pequeñas proporciones pero de grandes aspiraciones en su contenido.

Juan Manuel Díaz Sánchez.